

EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO II--NÚM. 16
Director: LIC. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

MÉXICO, OCTUBRE 14 DE 1900.

Subscripción mensual foránea, \$ 1.50
Idem idem en la Capital, 1.25
Gerente: ANTONIO CUYÁS.



Cabeza de estudio, por Gabriel Max.

La Mitra, la Espada y el Libro.

El Pabellón de Hungría reviste una severidad á la vez medio eval y claustral. Es un compuesto de monasterio y de castillo feudal, con torres almenadas y ojivas caladas, con troneras como una fortaleza y vitrales como una catedral. Tiene fosas y criptas, altares y panoplias, y hace un contraste extraño con las arquitecturas alegres, policromas, coquetas de la calle de las Naciones. Visto de fuera parece disparatado, inconexo, inadecuado á los fines de una exposición universal; da miedo y frío; y luego, cuando se penetra al interior y se le visita con detenimiento, resulta hondamente meditado y profundamente simbólico.

Toda la exhibición es religiosa y guerrera; no hay en todo el monumento un producto natural, agrícola, forestal ó minero; no hay un artículo puramente industrial, tela, tejido, producto químico, maquinaria. No se encuentra una sola manifestación del progreso moderno; aquello es un museo, á la vez hierático y militar, y el edificio lo encuadra maravillosamente y lo rodea del severo ambiente que le es propio y natural.

Al rededor de un patinillo, todo gris, en el que los muros macisos y desnudos se alzan sobre columnatas y arquerías góticas, reina una galería que es á la vez una cripta. Sarcófagos que dicen en bajo relieves semi-bárbaros las proezas del héroe y los milagros del santo; tumbas de reinas piadosas coronadas de rosas místicas; sepulturas abiertas con esqueletos yacentes la espada aún al lado y las joyas diseminadas entre las cenizas; estatuas de mármol amarillento, de bronce fundido, de cobre repujado, revestidos de casullas ó encerradas en armaduras, báculo ó espada en mano.

En los salones de arriba penden de las cornizas los pendones deshilachados, de los muros las cotas agujereadas. En las paredes, panoplias con escudos de cuero hervido, remachados con arabescos de clavos de cobre; cascos de hierro batido, abollados á golpes de mazo y de mandoble; lanzas robustas como astas de bandera. Pedreras informes entre pirámides de matatenas arredondadas; ballestas poderosas haciendo juego con haces de saetas oxidadas; toscos arcabuces incrustados de hueso, de marfil y concha; armaduras cinceladas y perforadas por las vizcainas.

Entre cada dos trofeos, un relicario. Armarios de roble macizo, labrados á punta de hacha, contienen cálices de plata, primorosamente cincelados, copones y custodias de oro incrustadas de pedrería; casullas, estolas y mitras recamadas y bordadas, casi arquitectónicas, con cornizas, sobradillos, columnas y capiteles de bordados y realzados; las hay en las que el bordado forma nichos y altares en los que anidan y posan imágenes de santos; altas cruces de inaudita riqueza, ciriales afiligranados; candelabros como troncos con brazos múltiples que fingen ramas, son árboles místicos que llevan flores luminosas; fragmentos de altares dorados, que dejan presentir á Churriguera; santos de palo apolillado, pintadas de colores las vestiduras, demacrados y macilentos que recuerdan á Bisancio.

En los muros y bóvedas, frescos y pinturas ó relieves que desenvuelven uno de dos temas: una batalla ó un milagro. Aquello huele á la vez á polvo de combate, á incienso de ceremonia, al alcanfor de entierro. De un lado el orin y del otro la pedrería; allá toda la barbarie, aquí toda la magnificencia, y entre esos dos extremos y esos dos contrastes, toda la historia de un pueblo y de una época, ó mejor, toda la historia, ostensible y aparente al menos, de la humanidad.

Visible, exteriormente, toda la historia es guerra y es propaganda. Conquistar y convertir, he ahí todo el afán humano. Conquistadoras y apostólicas la Grecia y la Roma antiguas; los grandes imperios asiático y africanos; conquistadores los bárbaros y los tártaros; conquistadores y apóstoles los musulmanes y los españoles. Nada más formidable que la alianza de la mitra con la espada; del Korán y del alfanje. Cuando esas dos fuerzas se unen y se lanzan de consuno á la conquista del mundo, la realizan y dejan escritos é imborrables terribles anales.

El pueblo magiar ha sido á la vez guerrero y creyente; muchos de sus reyes son santos; innumerables de sus obispos fueron soldados; hay en el pabellón húngaro un "capello" cardenalicio de

simple fieltro rojo al exterior y forrado de hierro y reforzado con conchas de bronce al interior, que es todo un poema.

Hungría ha tenido, pues, una idea extraña, pero profunda, al escribir en su pabellón con emblemas religiosos y trofeos guerreros su pasado, los orígenes de su historia, las peripecias de su vida de pueblo; quien por ahí pasa y medita, mucho estudia y mucho aprende.

Pero si Hungría ha tenido una grande y profunda idea al organizar su pabellón, Alemania lo ha tenido más hondo y más exacto al instalar el suyo. En el pabellón de Alemania no hay mas que libros y obras de arte. El pabellón es un palacio suntuoso, todo de mármoles y bronce, espacioso y tranquilo, destinado á dar alojamiento regio á la ciencia y al arte. Si en el Pabellón de Hungría imperan la fuerza y la fe, en el de Alemania reinan la persuasión y el análisis. No hay en él una arma ni un emblema hierático; hay carecomidos pergaminos, papiros tradicionales, libros modernos, relicarios de ideas, de principios, cálices de verdad, monumentos de filosofía y de ciencia; resúmenes completos de las aspiraciones y del pensamiento humanos. En Hungría las exterioridades de la historia y sus faustos aparentes; en Alemania las realidades de la vida individual y colectiva.

Porque el hombre "ha creído," ha conquistado pueblos, arrasado regiones, devastado continentes, sometido y subyugado razas; porque el hombre "ha estudiado," "ha aprendido" y "ha sabido," le ha sido dable dominar á la naturaleza y alcanzar el bienestar y el progreso. Con el alfanje en la mano y la media luna en el pendón, ha sido demonio de destrucción; con el libro en la mano ha sido ángel de redención.

Y Alemania parece haber simbolizado ese gran principio en su palacio y ella, potencia militar de primer orden, no ha querido olvidar, antes bien, corroborar, que el maestro de escuela, vencedor en Sadowa, está llamado á regenerar á la humanidad.

Dr. M. Flores.



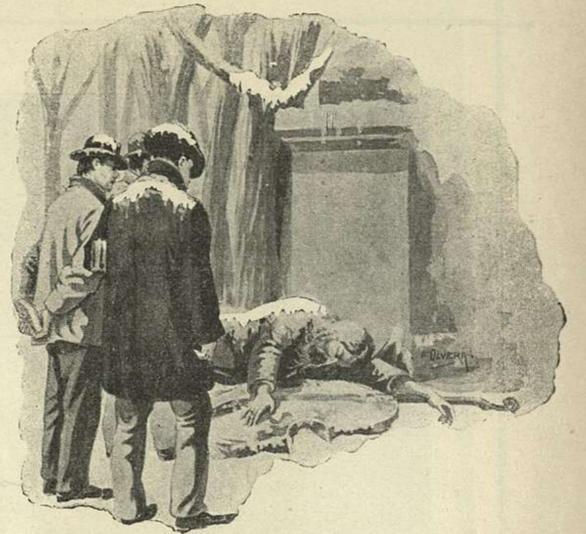
Era un raro visionario. Artista de los de buena pasta y bravo compositor. Amaba la música con toda la ternura de su alma delicada y soñaba con la gloria como con una novia ausente. En sus locos devaneos se iba en rápido vuelo á la mágica selva que guardan rocas hirsutas y donde florece el verde laurel, y volvía sonriendo alegremente de esa peregrinación al país del ideal en el que cobraba nuevas fuerzas para seguir adelante.

Sobre las cuatro cuerdas de su pobre violonchelo desfilaba toda la muchedumbre de su prodigiosa imaginación, vibrando como bajo el poder de una orquesta y se perdía á diario en el estrecho espacio de las paredes de su buhardilla. Los mejores años de su vida los había pasado allí, tejiendo ensueños y desgranando melancólicamente la sarta de sus armonías nuevas, hasta que la suerte le deparó un rincón en los carteles de anuncio de un teatrillo de Montmartre.

Luego que había logrado salir de su nido de ra-

ta, la casa era ya fácil: el horizonte que se le presentaba era inmenso, un horizonte bañado por nubes de color de rosa.....

Su programa de nueva vida rezaba así: de Montmartre á la Opera, de la Opera á Londres, después á América, y después..... la corona de rosas blancas que ciñe en la cabeza el Exito, el bolsillo repleto de monedas de oro y el hambre en fuga; y



Rodin reía, reía, pensando que ya iba á llegar el día en que se hiciera justicia á su talento.

Y el gran visionario, con su violonchelo á la espalda y su rico arsenal de extrañas sinfonías, se encaminó al teatro de Montmartre. Y allí, donde él esperaba el primer triunfo de sus desvelos y de sus largos años de consagración al arte, no encontró, en aquella noche luminosa de su alma, más que la rechifla y las risas irónicas de los estudiantes locos y de las cocottes medio borrachas que celebraban su curiosa figura de pájaro raro, apagando con su endiablado ruido el delicioso caudal de su música triste.

Por primera vez en su vida Samuel Rodin llegó aquella noche á su cuartucho, azotando las paredes con su violonchelo, tambaleándose de ebrio y renegando entre dientes contra su mala estrella.

Días después el "pájaro raro" de Montmartre voló de su pequeña jaula al jardín del Luxemburgo. Aquél fué su teatro desde entonces. Al pie de la estatua de Murger tocaba todos los días sus tiernas sonatas, sin tender la mano al transeunte, no; el que se dignaba darle una limosna la deslizaba por la abertura de la panza del violonchelo, porque el artista, clavados sus ojos en el inmenso azul, esperaba, esperaba el día en que se le hiciera justicia y en que viniese un misterioso mensajero y le dijera:—Ven, las puertas de la Opera están abiertas para tí.—

Y todos los días y á la misma hora, Rodin, pasa que pasa el arco por las cuerdas de su instrumento, pensaba en la corona de rosas blancas que no venía.

Y llegó el invierno con sus ráfagas frías y su lluvia de plumillas cristalizadas, y el visionario, con el estómago aguijoneado por el hambre y el rostro flagelado por el aire glacial, siguió dando al viento sus sentidas armonías, bajo la caída del polvo helado.

Hasta que una mañana un grupo de estudiantes que pasaban charlando alegremente encontró rígido, muerto, al pie de la estatua de Murger al pobre Rodin, circuida su cabeza, poblada de bucles negros, por una corona..... de flores de nieve.

LAS ALAS

Si mi cuerpo mortal alas tuviera, alas sobre los hombros, diosa mía, con su plumaje pabellón te haría tendido al viento igual que una bandera.

Para que sólo mi pasión te viera, en torno de tu ser las plegaría y te formara leve celosía porque fueses así mi prisionera.

Cual varillaje deslumbrante y rico, las entreabriera en forma de abanico y fresco dieran á tu tez lozana.

Y como velo de tus gracias sumas, en tu balcón abriéranse sus plumas brillando al sol como gentil persiana.

Salvador Rueda.

EN EL ESPLENDOR DE SU JUVENTUD.

¡Detenido en mitad de la carrera cuando ya estaba el triunfo conseguido! ¡Ved como lo ha turbado y ha perdido el premio que adelante perseguía! Mas hay que preguntar, antes de hacerle, objeto de castigo ó de censura, quién en un trance tal pudo ponerle; quién preparó, alevoso, la montura. ¡Quizá el destino lo arregló de modo que al impulso violento de salida vió su fuerza agotada, destruida y roto el corazón, renunció á todo!

(“La carrera de la vida”.)

Cuando referí la broma que el “Gusano” dió al subalterno, prometí un cuento algo parecido á aquél, pero en el cual, toda burla quedaría descartada: el cuento es este.



Esto le sucedió un mes antes de salir para la India, y cinco días después de haber cumplido los veintidós años.

La joven tenía diecinueve primaveras, por lo que puede afirmarse que era seis años más vieja que él en las cosas de este mundo, y en aquella ocasión dos veces más loca.

Si se exceptúa el hecho de caerse de un caballo, no hay nada más fatalmente fácil que casarse civilmente.

Ricardito Hatt, fué seducido en su más tierna juventud, no por la hija de una patrona, ni por una doncella, ni por una “camarera” de café, ni por una cocinera, sino por una joven tan de su misma clase, que sólo una mujer podría haber dicho que la muchacha era algo inferior á él.

La operación cuesta menos de cincuenta chelines y es tan notable como una visita á la casa de empeños.

Una vez hecha la declaración de residencia, bastan cuatro minutos para poner fin á la ceremonia, incluyendo, identificaciones, derechos... todo.

Después el oficial del registro, pasa el rodete de papel secante sobre los nombres y poniéndose la pluma entre los dientes, dice con aspereza:

—¡Ea! Ya sois marido y mujer.

Y la pareja sale á la calle pensando que algo horriblemente ilegal acaba de hacerse en alguna parte. Pero aquella ceremonia vale y puede conducirse á uno á la ruina, lo mismo que el maldito “mientras viváis” dicho al pie del altar, con las amigas de la novia cuchicheando por detrás de ella, y los ecos del himno nupcial.

“La santa voz que truena en las alturas,” haciendo saltar el techo.

Por modo tan sencillo, fué Ricardito secuestrado y halló la cosa muy bella, porque había recibido una credencial para la India con magnífico sueldo, según opinaban en Inglaterra.

El matrimonio debía tenerse secreto durante un año. Pasado éste, la señora Hatt marcharía á reunirse con su marido y todo el resto de la vida sería para ellos esplendoroso como una nube de oro.

Tal era el porvenir que ambos trazaban bajo las lámparas de la estación de Addison Road; y al finalizar un mes que les pareció muy corto, partieron para Gravesend, donde Ricardito se embarcó en demanda de una nueva vida, mientras ella se quedaba llorando, en un cuarto de treinta chelines por semana, situado en una callejuela cerca de la plaza de Montpelier é inmediata á los cuarteles de Knightsbridge.

El país á donde Hatt se dirigía era uno en el que los hombres de veintidós años, son considerados como mozalvetes y la vida es cara. Su sueldo, que parecía tan grande desde seis mil millas de distancia, no servía para mucho, sobre todo, cuando lo dividía en dos, mandando más de la mitad al cambio de 1-6 7/8 á la plaza de Montpelier.

Ciento treinta y cinco rupias desquitadas de trescientas treinta no dan facilidades para vivir, pero como era absurdo suponer que Mrs. Hatt pudiera pasarse siempre con veinte libras esterlinas que Ricardito le había dejado de lo que le dieron para gastos de viaje, y él lo comprendió así, le remitió desde luego las ciento noventa y cinco, pensando siempre en que había que pagar setecientas rupias por un pasaje de primera clase para la señora.

Si se añade á estos detalles nimios, el natural instinto de un muchacho que empieza una nueva vida en un nuevo país, que está ansioso de divertirse y se vé obligado á aferrarse á un trabajo que desconoce y que en verdad, necesita toda su atención, se comprenderá que Hatt comenzara su carrera “distanciado.”

¡No dejó el pobre chico de comprenderlo, pero no adivinó todo lo hermoso de su porvenir!

Cuando los calores llegaron, el cansancio le agobió y le adelgazó.

Al principio recibía cartas de su mujer largas, cruzadas, de ocho carillas; diciéndole que se le hacía muy largo el tiempo lejos de él, y que cuando se reuniesen la tierra sería para ellos un paraíso.

Alguno de los compañeros de pupilaje le aburría incesantemente llamando á la puerta de su destartada habitación, para pedirle que le acompañara á ver un caballo, única cosa que le hacía falta; pero Ricardito no podía permitirse tales lujos y tuvo que confesarlo, como tuvo también que declarar que le era imposible seguir en la casa en donde estaba. Á pesar de ser muy modesta, mudándose á una habitación amueblada próxima á la oficina donde trabajaba todo el día.

Su nuevo mobiliario consistía en una mesa cubierta con tapete de hule verde, una silla, un canapé, un cromo, un espejo pequeño, fuerte y ordinario y un filtro que valía siete rupias y ocho annas.

La comida le importaba al mes treinta y siete rupias, gasto verdaderamente insoportable.

“Punkah” (especie de abanico ó ventilador grande hecho de lona, sujeto al techo, y que se mueve por medio de una cuerda,) no tenía porque costaba quince rupias al mes; y por eso dormía en la azotea de la oficina, con todas las cartas de su mujer debajo de la almohada.

De vez en cuando le convidaban á comer, con lo que disfrutaba del “punkah” y saboreaba bebidas heladas; pero esto sucedía muy de tarde en tarde, porque la gente no quería trato con un mozo de instintos semejantes á los de un rapave-las escocés y que vivía tan miserablemente.

Tampoco le era posible suscribirse para ninguna diversión, así que no contaba con más distracciones que las que le proporcionaba su libro de banca, en el cual, leía cuanto se ha dicho respecto á empréstitos sobre seguro y no le costaba nada.

Debo añadir, entre paréntesis, que las remesas de dinero las hacía por medio del Banco de Bombay, con lo cual, en el pueblo se ignoraba todo lo referente á su vida privada.

Todos los meses enviaba á su casa lo que podía ahorrar, por otra razón que esperaba expli-

carse muy pronto, y que reclamaba mayor suma de dinero.

En aquel tiempo Hatt, comenzó á sentirse nervioso, experimentando frecuentemente esa conmoción miedosa que asalta á los hombres casados, cuando están fuera de ciertas condiciones.

No tenía derecho á pensión. ¡Qué sería de su mujer si él muriera de pronto! Este pensamiento le atormentaba durante las noches silenciosas y abrasadoras pasadas en la azotea, y á veces los latidos de su corazón, le hacían pensar que acaso la muerte fuera producida por una enfermedad cardíaca.

Tales preocupaciones, eran impropias de un mozo, pues solamente á un hombre ya maduro le perturban; ¡pero al pobre chico, siempre asfixiado por el calor, gracias á la falta de “punkah,” casi le enloquecían!

¡Y no poder contarle á nadie sus penas!

Cierta fuerza de elasticidad es tan necesaria al hombre como á una bola de billar: con ella hacen ambos cosas asombrosas.

Ricardito necesitaba fatalmente dinero y trabajaba como una bestia; pero, ¡es claro! los jefes sabían que un muchacho puede vivir muy desahogadamente con cierto sueldo (la paga en la India es cuestión de edad no de mérito), y si aquel mozo singular quería trabajar como dos, los “negocios” ni permitían que se lo impidieran ni que le aumentaran los emolumentos en una edad verdaderamente ridícula por lo temprana.

Por eso Hatt logró sólo unos aumentos de salario, bastantes para un mozalvete, pero no para una esposa y un hijo, y mucho menos para ahorrar las setecientas rupias del pasaje que él y Mrs. Hatt habían discutido tan ligeramente en otro tiempo. ¡Sin embargo de todo esto, debía estar contento!

El dinero parecía que se iba desvaneciendo entre las letras mandadas á su casa y lo aplastante del cambio, y las cartas que recibía cambiaron volviéndose ásperas. “¿Por qué no se llevaba á la mujer y al hijo?” Seguramente tenía un sueldo hermoso y procedía muy mal gastándosele alegremente en la India. “¿Querría, podría hacer la próxima letra un poco más elástica?”

Á esto seguía una lista de lo que necesitaba el pequeñuelo, tan larga como una cuenta de persa. (En la India, la mayor parte de las casas de comercio son persas.)

En vista de esto Ricardito, cuyo corazón suspiraba por la mujer y el hijo, al que no conocía,



sentimientos algo raros en un muchacho, giraba mayor cantidad y escribía unas cartas extrañas, ni propias de un mozuelo, ni de un hombre, diciendo que, en medio de todo, la vida no era divertida y rogando que tuvieran un poco de paciencia la madre y el niño.

La mujercita, aprobaba el aumento del envío, hacía observaciones respecto á la necesidad de esperar y usaba en las respuestas unos giros extraños y duros que él no comprendía. ¡Pobre chico!

Más tarde y precisamente cuando á "propósito" de otro jovencito que había cometido la misma locura que él, le dijeron que el matrimonio no sólo destruiría sus esperanzas de futuros progresos, sino que le haría perder su destino, llegó la horrible noticia de que el niño, su adorado pequeño, había muerto y tras ésta venían cuarenta renglones garrapateados por una mujer irritada, diciendo que la muerte podía haberse evitado si ciertas cosas—que costaban dinero—se hubieran hecho, y si el hijo y la madre hubieran ido á reunirse con el padre.

La carta fué un golpe terrible para el pobre corazón de Hatt, pero como "oficialmente" no tenía derecho á tener hijos, no pudo hacer público su dolor.

¡Las cosas que el desdichado emprendió durante los cuatro meses que siguieron á esto, y las esperanzas que le alentaron para trabajar, nadie osaría precisarlas!

Ahorró, pero las setecientas rupias del pasaje estaban tan lejos como siempre, y eso que siguió haciendo la misma vida excepto cuando se veía forzado á comprar un nuevo filtro.

Los esfuerzos en el trabajo, las luchas para mandar dinero, la noticia de la muerte del niño, y sobre todo, las constantes exigencias que le imponía su existencia cotidiana, consumieron al pobre chico, más tal vez que hubieran consumido á un hombre.

Los compañeros de edad madura que admiraban sus economías y su costumbre de apartarse de toda diversión, le recordaban aquel proverbio que dice:

El que quiera labrar su posición no entregue á una mujer su corazón.

Ricardo, que había experimentado todos los dolores que el hombre puede sentir, tenía que reírse y darles la razón mientras en su cabeza se revolvió constantemente la última línea de su libro de banca.

¡Pero aún debía sufrir más!

Llegó una nueva carta de su mujercita: natural continuación de las anteriores, si Hatt hubiera pensado en ello.

El estrambote de aquella epístola era éste: "Me voy con un hombre más generoso que tú."

El documento no podía ser más curioso. Sin circunloquios decía lo siguiente: "Que ella no iba á estar esperando siempre; que el niño había muerto; que él era otro niño; que no volvería á verla más; que por qué no había agitado el pañuelo cuando se separaron en Gravesend; que Dios la juzgaría; que ella era mala, pero él era peor divirtiéndose en la India; que aquel otro hombre adoraba el terreno que ella pisaba; que ni él la perdonaría, ni ella le perdonaba." Y aquí daba fin la tal cartita, que no tenía indicación alguna para poder contestarla.

En vez de bendecir su estrella porque estaba libre, Ricardo sintió todas las impresiones de un marido ultrajado—cosas impropias de un niño—y volviendo la vista á lo pasado, vió á su mujer con el traje de treinta chelines en la plaza de Montpellier; recordó el alborear de la última mañana que pasara en Inglaterra, cuando ella estaba llorando en el lecho; y dió vueltas en su cama y se mordió las manos sin pararse ni por un momento á pensar ¡el desdichado! que si hubiera vuelto á ver á Mrs. Hatt después de aquellos dos años, habría descubierto que ella y él habían crecido de un modo tan distinto que eran en realidad personas completamente incompatibles.

Teóricamente, esto era lo que debía hacer, pero aquella noche la pasó en medio de la pena más horrible.

A la mañana siguiente experimentó repugnancia hacia el trabajo, y comenzó á pensar que había desdeñado los placeres de la juventud.

¡Se sentía cansado, había gustado todas las amarguras de la vida antes de cumplir veintitrés años, y estaba deshonrado!

Aquí pensaba el hombre.

El también se iría..... ¡con el demonio!
¡Aquí enjuiciaba el niño!
Inclinó la cabeza sobre el tapete verde de su mesa, y antes de renunciar el destino y todo lo que este prometía, lloró.

En tales circunstancias, la recompensa debida á sus servicios llegó, y se le dieron tres días para reflexionar.

El jefe de la casa—después de cruzarse algunos telegramas—dijo que aunque aquello no se hacía jamás, teniendo en cuenta la habilidad que Mr. Hatt había desplegado en tal y cual ocasión, podía ofrecerle un puesto infinitamente mejor; primero como interino y luego, en un orden regular de cosas como definitivo.

—¿Y cuánto ganaré?—preguntó Hatt.

—Seiscientas cincuenta rupias—contestó el jefe marcando las palabras, y esperando que el joven al oírlas se quedaría anonadado de gratitud y alegría.

¡Ah! ¡cuándo llegaban!

¡Las setecientas rupias del pasaje; lo bastante para salvar á la mujer y al niño y permitirle hacer público su matrimonio!..... ¡Todo llegaba entonces!

Ricardito lanzó una carcajada salvaje que no pudo dominar; lúgubre, turbulenta explosión de alegría, que pareció que iba á matarle.

Cuando logró dominarse, dijo secamente:

—Estoy cansado de trabajar.—Ya soy viejo; es tiempo de que me retire, y me retiro.

—Este chico está loco—murmuró el jefe. Creo que tenía razón; pero como Ricardo no volvió jamás, la duda sigue en pie.

Rudyard Kipling.

PÁGINAS DE VIAJE.

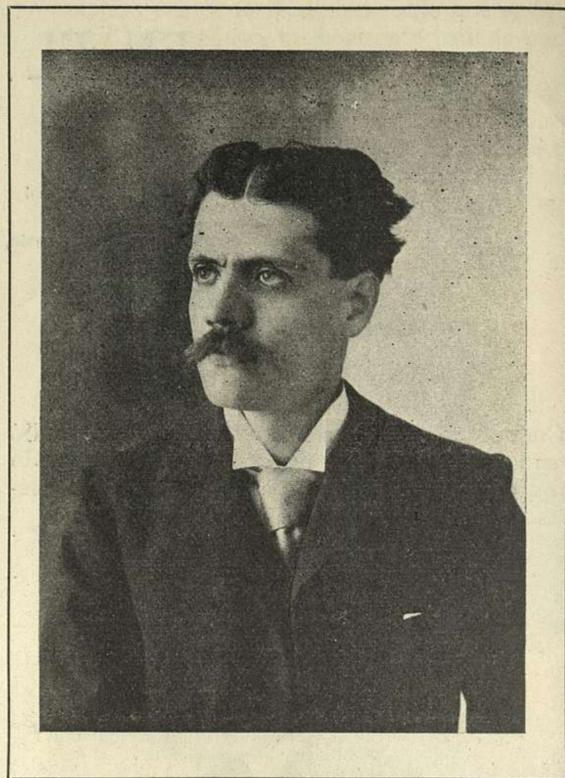
COMO OÍ "EL REY POETA"

Habíamos loqueado en Suiza, como unos chiquillos,—el Maestro, Luis Quintanilla, Manuel Flores, hijo, y yo,—y todavía conservábamos la impresión fresca de los lagos, de las montañas y de los cielos. ¡Bellos días azules de Lucerna!—Habíamos tomado el Express San Gotardo y llegado á Milán una tarde estival en la que el sol caía como una lluvia de oro sobre la ciudad. Es claro, nuestro primer deseo fué ver el "Duomo." Y la luz se nos iba, el día iba declinando poco á poco, en ese combate de la claridad con las tinieblas, de que habla el poeta, y que no se conoce más que en Europa. En nuestro cielo tropical no se libran esos combates; se hunde el día, surge la noche: todos son triunfos.

Y vimos el "Duomo;" lo vimos en esa hora gris, envuelta en gasas, en la que los matices y las líneas se van desmayando lentamente hasta quedar ocultos en la sombra. Vimos el "Duomo" y caracoleamos por las callejuelas que rodean como una red de araña el gigantesco templo,



Galleria Vittorio Emanuele.



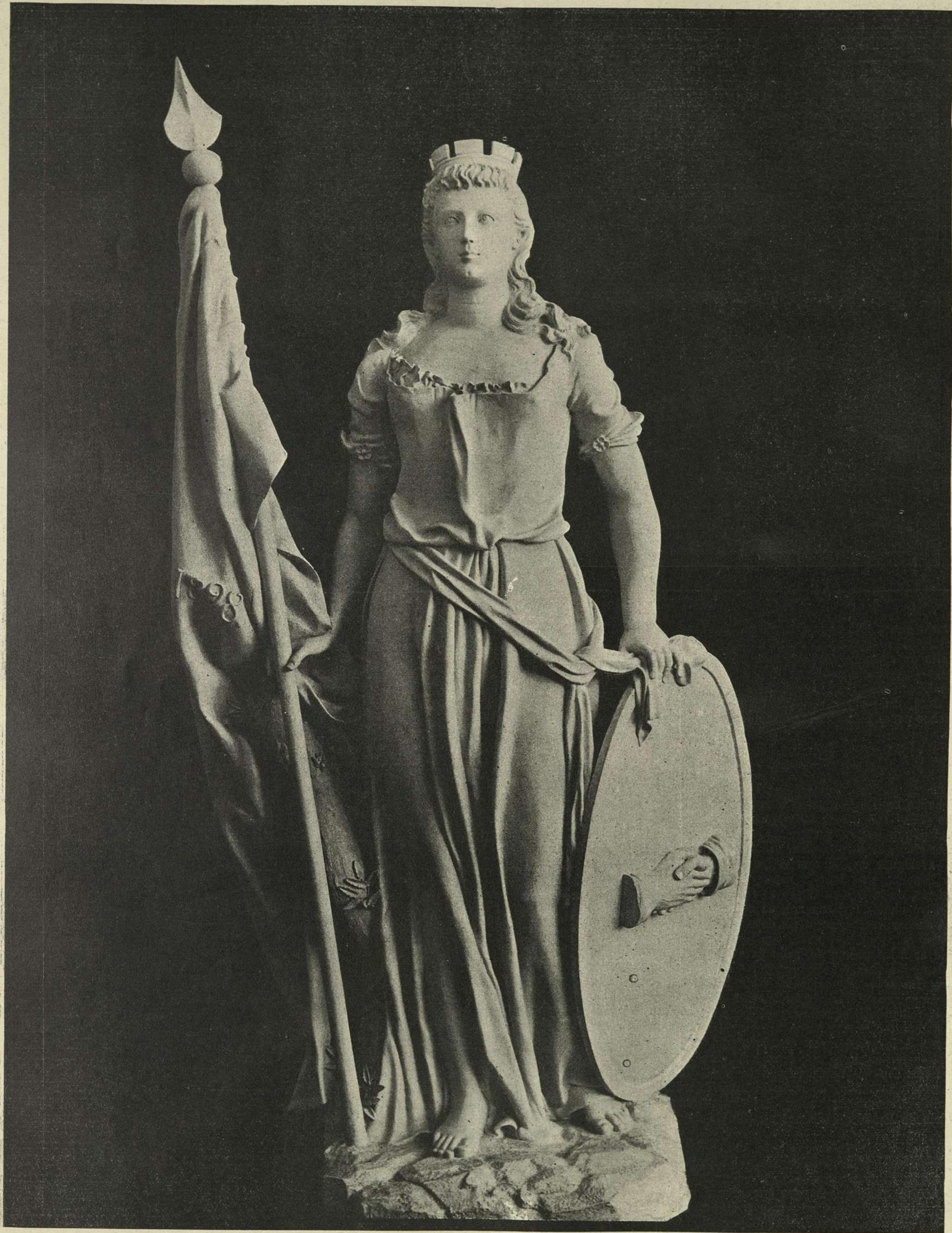
Sr. Gustavo Campa.

y recorrimos las amplias avenidas del "Nuevo Parco," entramos en un café—salón—al modo de los parisienses—y regresamos á la Plaza de la Catedral, en donde la Galería "Victorio Emanuele" abre su gran arco esbelto.—A ver ¿quién ha dicho por ahí que Milán no me gusta? Sí, es verdad; he afirmado que Milán no es "todavía" Italia, pero que tampoco es Francia; aquí, rincón de ciudad provinciana del otro lado de los Alpes; allá, espaciosas avenidas de la población nueva. ¿Conjunto? No lo tiene; es una capital hecha á pedazos; pobre, rica, amplia, estrecha, tortuosa, recta, con una capa de patina y un destello de arte nuevo.—Y así habíamos andado, atando impresiones, con esa curiosidad inquieta que se prende en los ánimos en las primeras horas que se recorre una ciudad desconocida.

Entramos en la Galería, el más bello paseo acristalado que posea población de Europa; veinte pasos á través de las mesas de los cafés y los restaurants, y ¡un abrazo repentino! un abrazo que fué pasando de uno á otro. ¡Caras conocidas! ¡Buen español en los labios! ¡Amigos!—Los eran nuestros; Pizzorni, López, Sieni—el trío de "impresarii" que reclutaba á los artistas que escuchamos ahora en el Renacimiento—y luego, el Maestro Bovi y Banqui, una figura escapada de un lienzo toscano, una cara que ha desfilado ante muchas generaciones de mexicanos, y que siempre tendréis en el pórtico de cualquier coliseo que arrienda Sieni.—Y la velada se pasó alegremente, en desilvanado parloteo, en el que el arte había de figurar como motivo único. Iba Gustavo Campa á Italia, no sólo con el deseo de juzgar por su propio y despierto criterio del movimiento musical, sino

con el de apersonarse con Ricordi, para quien Massenet y Saint-Saens le habían dado expresivas cartas. Soñaba con algo más; soñaba con un ideal santo que iluminaba su espíritu como la luz de un faro: conocer á Verdi, estrechar la mano del inmortal nonagenario, tener un minuto de comunicación con el divino viejo, enhiesto torreón erguido sobre el soporte de su gloria.

Y de esto se habló á ratos, y de frase en frase, salió á relucir la ópera que Gustavo había terminado meses antes y pensaba acabar de instrumentar en el silencio augusta



Estatua de la Paz. - Un obsequio al Sr. General Díaz.

En nuestra información diaria hemos hablado de la estatua que representa nuestro grabado y que juzgamos como una buena obra de arte.

Es el original de madera estucada al blanco y su autor que es el señor Longinos Núñez, de Celaya, comenzó su trabajo en el año 1898 que figu-

ra en la bandera que empuña la estatua. Al terminarla en Septiembre de este año, se la obsequió al Sr. General Díaz, con una sentida dedicatoria en la cual quedan de relieve la adhesión, respeto y simpatía del artista hacia el Jefe Supremo de la Nación.

El Sr. Presidente después de haber conocido la obra, dispuso que se remitiera á la Academia de Bellas Artes.

En el pedestal se leen estas palabras: "La Paz," "Moralidad," "Crédito," "Progreso."

de la recién abandonada Helvecia. ¡Una ópera nueva! ¡y de autor mexicano! Bovi tuvo un movimiento de entusiasmo, por la boca de López corrió una sonrisa y Sieni dejó oír un ronroneo felino. Pero había que oír aquella música! Era

Y de aquel cuadro conservo aun vivas las siluetas del auditorio: Bovi y Macchi, en pie, nerviosos, exaltados, junto al piano repitiendo cada frase que surgía de las manos de Campa, cambiando miradas de inteligencia; Pizzorni, en se-

LA CAPITAL DEL ESTADO DE MÉXICO.

El General Don José Vicente Villada, Gobernador del Estado de México, invitó al Primer Ma-



Paorama de la Ciudad de Toluca.

necesario que el Maestro Campa prometiera una audición. Y se acordó para la noche siguiente una cita en el salón de prueba de la Agencia de Zappert—un muchacho muy bullicioso, muy meridional, con una barbilla judía y grandes ojos expresivos, un poco periodista, otro poco crítico y muchos pocos más que hacen de él un simpático chico.



Y henos aquí venticuatro horas después, á las veinte (reloj italiano, desesperación nuestra, que teníamos que sumar, restar, multiplicar, dividir y hasta creo que extraer la raíz cúbica de la hora para averiguar en la que vivíamos) en la sala de Zappert, en una amplia pieza con balcones á la Galería, de la que se alzaba el rumor sordo de la incisiva charla italiana rimada con el tintineo de las cucharillas hiriendo las copas.

Noche calurosa, agotante, sin un buen soplo que llevar á los pulmones, ruda para hacer nacer del piano las frases enérgicas del "Rey Poeta." ¡Pobre Gustavo! El calor lo había puesto nervioso, impaciente. Niño grande, con sensibilidades casi femeninas, aquella transición de nuestras alegres habitaciones frente al lago de Cuatro Cantones á las recámaras fúnebres del albergó San Michele, en una vía estrecha, cercana al "Duomo," Campa había pasado todo el día en su cuarto, quejándose de enfermedades imaginarias, muy descontento, muy mal impresionado del cielo de Italia bañado por un diluvio de fuego.

Fué preciso rogarle mucho para que se decidiera á sentarse al piano. Recuerdo que aun pensaba evadirse del compromiso, aprovechando el rato de espera que tuvimos que conceder á un rezagado, á Pedro Macchi, un joven poeta, redactor de "La Sera," en quien se había pensado para traducir el libreto de Alberto Michel al italiano. Llegó por último Macchi, y se acabaron los pretextos.

Y ahí en aquella amplia pieza á la que llegaban por los abiertos balcones el sordo rumor de la charla italiana rimada con el tintineo de las cucharas sobre las copas, oí religiosamente el "Rey Poeta," la obra que estrenará una de estas noches la compañía del Renacimiento.

gunda fila, también en pie, con su eterna tristeza, dejándose arrebatar por ésta ó aquella página; López sonriente siempre, más sonriente que nunca, y Sieni resueltamente dormido desde los primeros compases.

Y al terminar la última nota, cuando las felicitaciones descendían sobre el fatigado maestro, el viejo "empresario," irguiendo su alta estatura, en un arranque de entusiasmo, exhaló su deseo en una frase:

—Bisogna portarla á Messico. (Es preciso llevarla á México).

Y así fué como oí en Milán "El Rey Poeta."

Carlos Diaz Dufoo.

gistrado de la República y á sus dignos Secretarios de Estado para las fiestas organizadas, con motivo de la inauguración de importantes obras materiales y de ornato en Toluca.

El Sr. General Díaz aceptó la invitación y ofreció concurrir.

Toluca se ve engalanada. Sus principales calles y muchas de sus fincas, ostentan adornos vistosísimos. Por todas partes flota la bandera tricolor, lucen los gallardetes y se prolongan las guías de flores.

En la avenida que conduce de la Estación del Ferrocarril Nacional hasta la Plaza de los Mártires, se levantan soberbios arcos triunfales correspondiendo á los Distritos en que está dividido el Estado de México.



Fachada del Palacio del Ejecutivo —Toluca.



Salón dormitorio de la Escuela de Artes y Oficios.



Taller de Bonetería en la Escuela Correccional y de Artes y Oficios

El de Toluca es el más lujoso: lleva escudos aztecas y esbeltas columnatas.

El de Tlalnepantla, está sostenido por cuatro columnas de orden corintio, ornamentado con grandes paneaux, sobre el fondo azul celeste.

El de Lerma es floral, de estilo azteca el de Tenango, el de Texcoco que más bien es un pabellón, se distingue por sus bien trazados áticos y el escudo del Rey poeta, el de Temascaltepec comprende una suntuosa portada sostenida por cuatro columnas, el de Valle de Bravo luce detalles alegóricos de primer orden, así como el de Otumba que lleva en el remate una corona de monarca indígena, adornada con plumas. Los arcos restantes corresponden á Sultepec, Cuautitlán é Ixtlahuaca.

Bajo estos arcos debió pasar la comitiva presidencial.

Se hacen grandes elogios de los cuatro carros alegóricos que se han dispuesto á todo costo. Representan la Patria, el Comercio, la Industria y la Agricultura.

Se asegura que el más bien dispuesto, es el de la Industria.

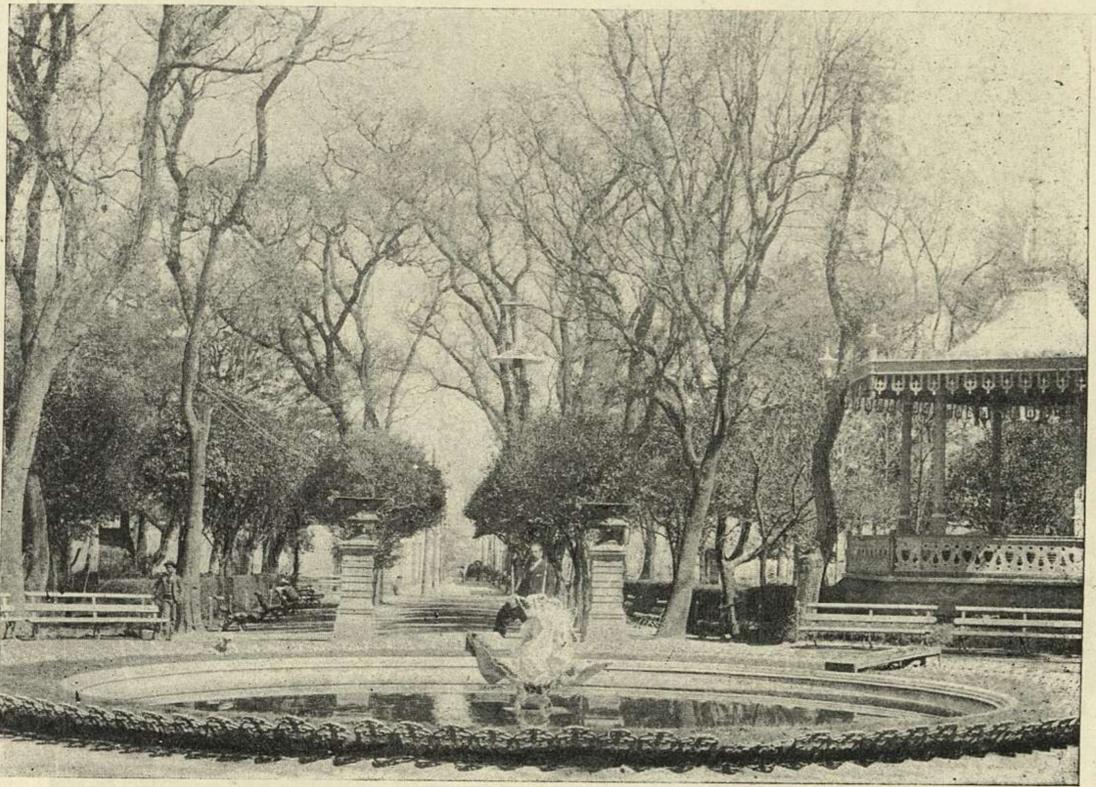
Las fiestas han de prolongarse por espacio de tres días.

Anoche, sábado, estaban dispuestas las inauguraciones del Palacio del Poder Legislativo del Estado y de los nuevos salones del Palacio Municipal. Con la participación de los más inteligentes "dilettanti" de Toluca, debe haberse efectuado un gran concierto.

Hoy domingo, serán descubiertos los monumentos de Hidalgo y de Colón, y se inaugurarán los nuevos departamentos de la Escuela Profesional y de Artes y Oficios de señoritas.

Durante la tarde efectuarán maniobras militares los alumnos de las Escuelas primarias de Artes y Oficios y la Correccional, en el Velódromo, cercano á la moderna calzada "Colón."

Se inaugurarán después los elegantes salones

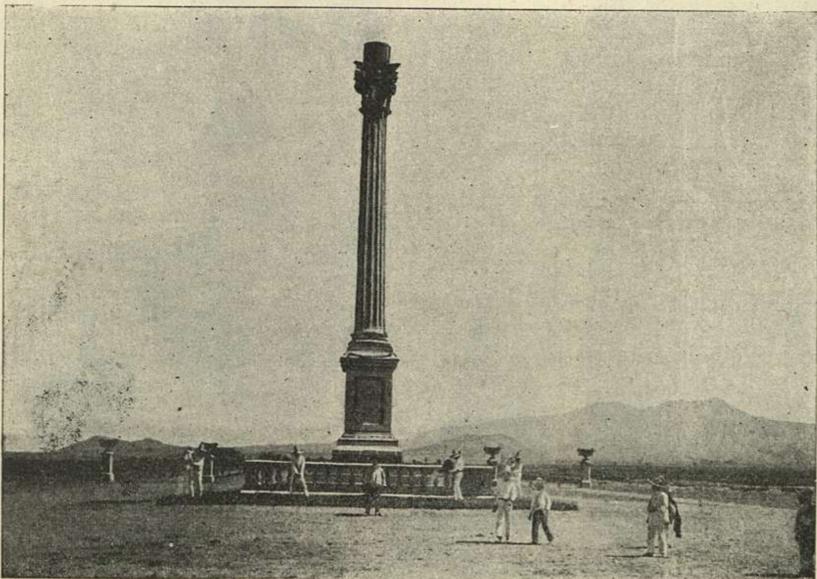


Glorieta Central de la Alameda.

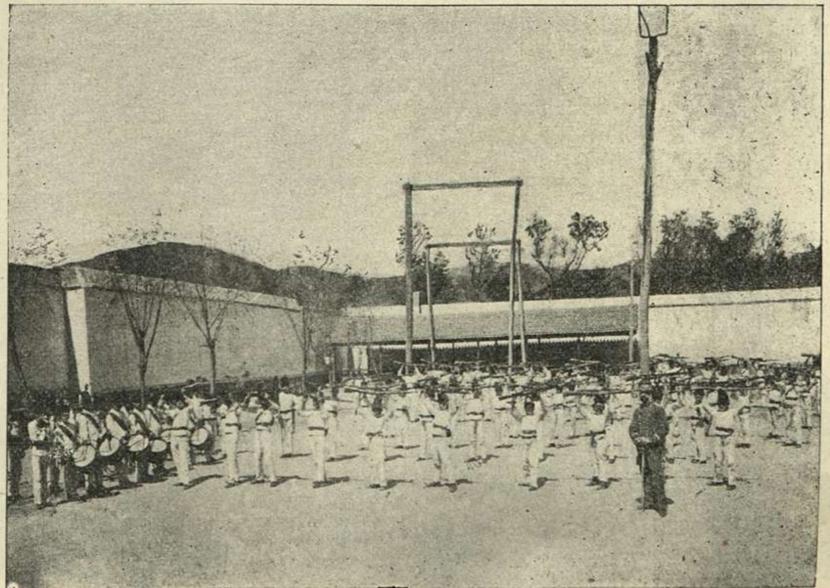
del Casino del Comercio, y desde los balcones de este edificio la mayor parte de los invitados presenciarán el desfile de Carros Alegóricos y la procesión cívica formada por las corporaciones obreras, niños de las escuelas, fuerzas del Estado, operarios de las Fábricas, comisiones de los Distritos, etc.

Á NUESTROS LECTORES.

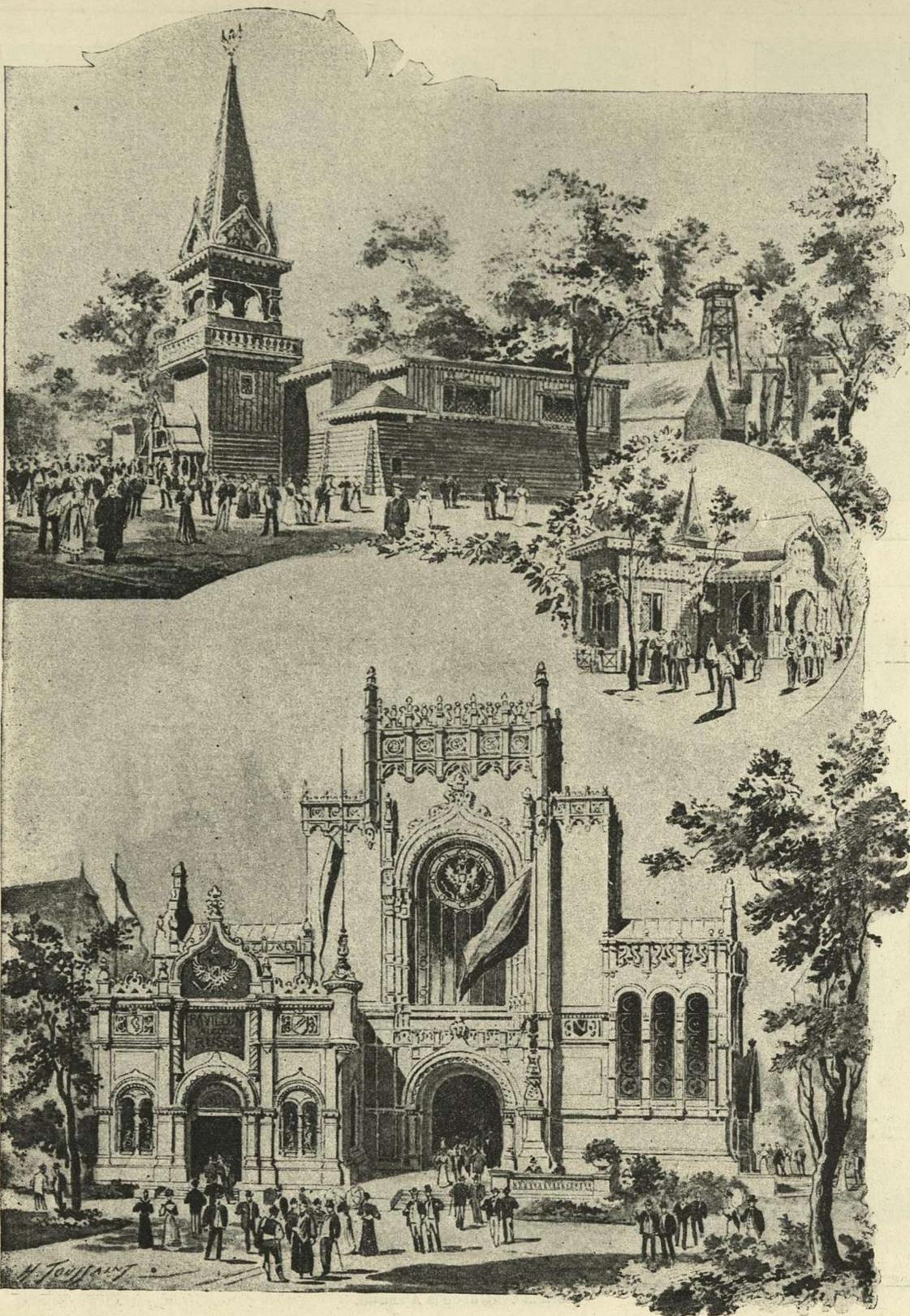
Deseando proporcionarles la mayor amenidad en este semanario, á la vez que la ocasión de coleccionar obras de positivo mérito, desde el número próximo comenzaremos á publicar "Los Miserables," de Víctor Hugo, sin perjuicio de continuar el "Quijote" y "Monja y Casada."



Columna Conmemorativa en la Calzada Calón.



Escuela Correccional. Departamento de Varones.



Los anexos de la Exposición Rusa.

NUESTROS GRABADOS.

Los anexos de la Exposición Rusa.

En la Esplanada de los Inválidos, en el ángulo formado por la calle Fabert y la de Grenelle, se elevan una serie de pabellones de formas pintorescas, que completan, sobre aquel punto, la exposición rusa, ofreciendo á la vista del público interesantes objetos que no habían podido obtener lugar en las clases regulares. Encontramos, pues, en los Inválidos, desde luego, el Pabellón de las Instituciones de la Emperatriz María, edificio el más



Los cuatro guías.—Savois, Petigox, Fenollet y Ollier

importante; después el Pabellón de la Meteorología, el Pabellón de la Minería, y en fin, tres concesiones á particulares: la casa de Popoff, la confitería Durand y un restaurant ruso.

El Pabellón de la Emperatriz María, construído enteramente de madera, ofrece el aspecto de un edificio religioso con su elocuente campanario: contiene en su recinto documentos diversos, diagramas, estadísticas, fotografías, trabajos de alumnos y pensionistas, con relación á las instituciones que hacen en Rusia un papel análogo al que desempeña en México la Beneficencia Pública. Estas instituciones han sido fundadas por la Emperatriz María Fedorowna, esposa del Emperador Paulo I; actualmente están colocadas bajo la alta dirección de la Emperatriz madre del Tsar Nicolás II.

Pueden dividirse en dos grupos: los establecimientos de educación; los establecimientos de beneficencia.

El primer grupo comprende principalmente las casas de educación para mujeres jóvenes, que se compone de treinta Institutos (10 en San Petersburgo; 4 en Moscow; 16 en provincia). La duración de los estudios comprende siete años, uno de los cuales está consagrado á un curso superior de pedagogía; el número de los alumnos se eleva á 8,000, poco más ó menos.

A estas casas, que no reciben sino internos, están adjuntos 30 gimnasios para externos (10 en San Petersburgo y sus alrededores; 5 en Moscow, y

15 en las provincias). El número de alumnos pasa de 12,000.

En fin, 3 escuelas María, (de curso mediano), A estas instituciones se debe agregar una colonia de 200 alumnos, preparatoria de futuros funcionarios y bolsistas en el Liceo imperial de San Petersburgo: el Instituto de huérfanos de Gatchina, las escuelas de comercio de San Petersburgo y de Moscow.

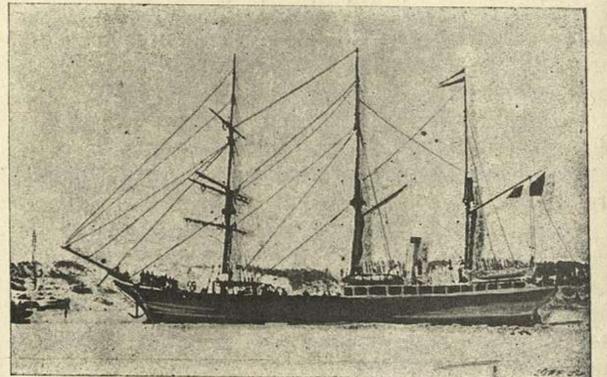
Por considerable que sea la acción educadora de estas obras, es superior la importancia de las de pura filantropía, entre las cuales se pueden citar: los asilos de niños expósitos de San Petersburgo con sus 30,000 pupilos; las escuelas infantiles, en número de 177, con 15,900 alumnos; 13 hospitales, con 1804 lechos permanentes, y 410,000 consultas gratuitas anuales; 12 casas de retiro para viudas jóvenes y ancianas, con 2,700 lechos; 9 sociedades de beneficencia con 117 establecimientos, bajo la dirección inmediata del departamento.

El Pabellón á que nos referimos ha sido construído por los cuidados de la Emperatriz madre; su superficie es de 210 metros; la flecha tiene 22 de altura. De 1796 á 1828, la fundadora Emperatriz María, había trazado las bases de esta organización, única en su especie. Su hijo, Nicolás I, quiso que esta obra no sufriera mengua alguna cuando la muerte de la Emperatriz; instituyó, pues, para dichos establecimientos un departamento especial, agregado á su cancillería particular.

UN VIAJE NOTABLE

El Duque de los Abruzzos llegó hace muy poco tiempo á Cristianía, viniendo de Trondhjem, lugar en que dejó su navío, la "Stella Polare."

Los noruegos, y á su cabeza el famoso explorador Nansen, han hecho una recepción entusiasta al joven viajero. Ya en Trondhjem, durante su corta estancia en esta villa, había sido objeto de



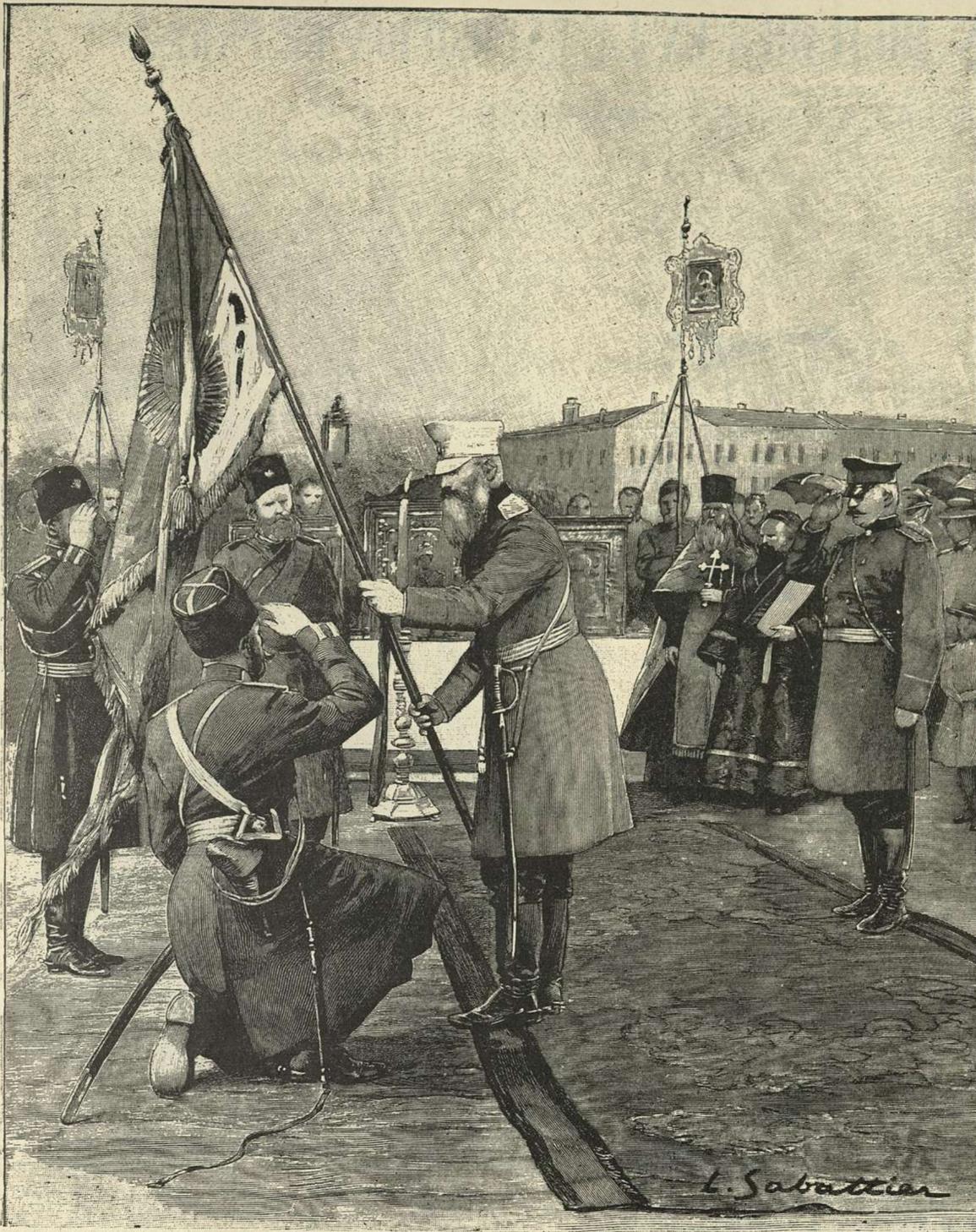
«La estrella polar».

ovaciones por parte de los habitantes, que fueron los primeros en darle la bienvenida después de su peligrosa expedición.

El regreso de la "Stella Polare" y del Duque de los Abruzzos, se ha efectuado en el momento en



El Duque de los Abruzzos,



Ejército ruso en Siberia.—Un Coronel de cosacos recibiendo el estandarte de su regimiento.

que menos se le esperaba. En efecto, hace algunas semanas, el "Hertha," navío fletado para llevar el correo al ilustre navegante, pasaba, haciendo su ruta para el Sur, al Norte de Hamerfest, la ciudad noruega más septentrional, y afirmaba que no había podido encontrar á la expedición. Durante mucho tiempo había circulado por el cabo Flora y por la tierra de Francisco José, sin haber podido acostar, pues le impidieron constantemente el acceso á tierra una cintura de espesos hielos y tempestades de nieve. El navío volvía, pues, sin haber podido cumplir su misión.

En seguida, poco tiempo después, otro telegrama, igualmente de Hamerfe, informaba que la "Stella Polare" acababa de juntarse al Hertha y que ambos navíos estaban en comunicación, encuentro extraño y único, que recuerda el encuentro inopinado de Nansen y de su teniente Johanssen, durante su último viaje al Norte.

El correo fué, pues, entregado al Duque, que supo de esta manera la muerte del Rey de Italia, y los dos buques continuaron su ruta hacia el Sur, remolcando el Hertha á la "Stella Polare," que había sufrido mucho por la presión de los hielos.

Tres miembros de la expedición faltan desgraciadamente en el regreso. El Teniente Querini y dos hombres se han quedado allá..... víctimas de los peligros sin número que se unen á estos peligrosos viajes; y no compartirán las alegrías y los triunfos del regreso.

El Príncipe partió de Trondhjem, donde entraron al puerto ambos navíos, por el camino de fierro hacia Cristianía, y como lo decíamos antes, llegó allí el 15 de Septiembre, y fué espléndidamente recibido por las autoridades y por los miembros de la Sociedad de Geografía. El Duque iba vestido con su traje de á bordo, pantalón

y levita azul marino, con cuello de terciopelo y cubierto con un casco de piloto. Delgado, con el rostro bronceado por las intemperies, el real ex

plorador tenía muy buen aspecto en su simple traje de capitán de cabotaje.

Su mano derecha está vendada; el Duque ha tenido, en efecto, los dedos helados en el curso de su viaje. Por otra parte, no se ha eximido de los sufrimientos y trabajos del resto de la expedición, y todos sus compañeros están de acuerdo en alabar su energía, su actividad y solicitud por cada uno de ellos. Ha sido, en realidad, el jefe de esta expedición, y su energía no se ha desmentido un sólo instante.

El capitán de Corbeta, Humberto Coagni, segundo del Duque, consiguió llegar más al Norte que Nansen. Este último llegó al 86º,14 y el marino italiano alcanzó el 86º,33.

HÁCIA LA CONQUISTA CHINA.



A mediados del mes de Julio, fué cuando se propagó en la Mandchuria el movimiento contra los extranjeros. Como los ingenieros belgas y franceses de la línea de Pekín á Han-Keou, los ingenieros rusos de la prolongación China del Transiberiano, fueron de los primeros atacados. La ciudad nueva de Harbin fué sitiada por los boxers, apoyados por tropas regulares ó que así se decían. El 14 de Julio, los chinos se dirigieron aún contra la ciudad Siberiana de Blagovestchensk, sobre el Amour. Durante dos días las baterías del fuerte chino de Sakhalin, gran ciudad situada sobre la ribera derecha del mismo río, en frente de Blagovestchensk, bombardearon á los rusos cogidos de improviso. La antevispera, en efecto, los cosacos y las tropas de artillería que ocupaban Blagovestchensk, habían sido embarcados para ir al socorro de Harbin y de las secciones en peligro del camino de fierro de Mandchuria. Felizmente, desde el 16 de Julio, Blagovestchensk dispuso de nuevas bocas de fuego, y pudo contestar. Los primeros obuses incendiaron todo un barrio de Sakhalin y las baterías chinas fueron pronto reducidas al silencio.

Actualmente la Rusia dispone, en la región del Amour, en la Mandchuria, de fuerzas considerables. Todos los cosacos de la Siberia han sido movilizados.

Tan pronto como se ha recibido, en efecto, la orden de movilización, los cosacos se dirigieron á sus "stanitsas" (administraciones cosacas de cada distrito) con sus provisiones y su caballo, que deben siempre tener á la mano. Después del examen de los efectos de ropa, se le entrega una carabina y un sable, y he aquí, ya, al caballero dispuesto á partir. Así pues, esta movilización se hace con la mayor rapidez.

Nuestro grabado representa el momento de embarque de los cosacos, despedidos por sus familias.



Partida de tropas para China.

LOS AUTOMÓVILES MILITARES EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

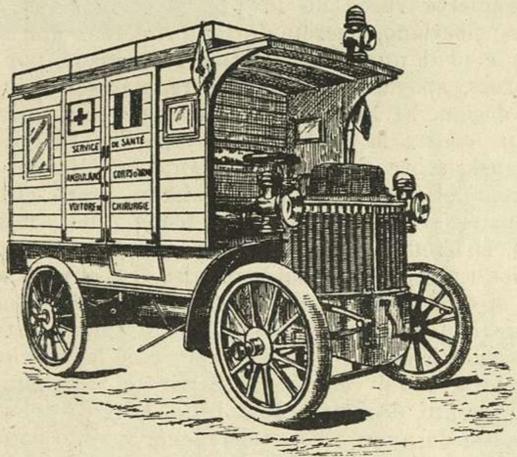
Y EN LAS GRANDES MANIOBRAS.

La gran curiosidad de las maniobras militares que acaban de terminar en París, ha sido el empleo de varios automóviles.

Se sabe ya que la cuestión del empleo de los automóviles, está más y más á la orden del día en el ejército francés. No cabe duda que Francia, en efecto, tiene la gloria y la ventaja de ser la primera que se ha lanzado seriamente en esta vía y con el sólo recurso de la industria francesa.

Ciertamente que será seguida por otras naciones, pero el adelanto adquirido no será por eso menos fácil de conservarse.

Desde hace muchos años, se experimentan en los cursos anuales y, particularmente, en las maniobras, los modelos de automóviles que parecen llamados á prestar los mayores servicios. Actual-

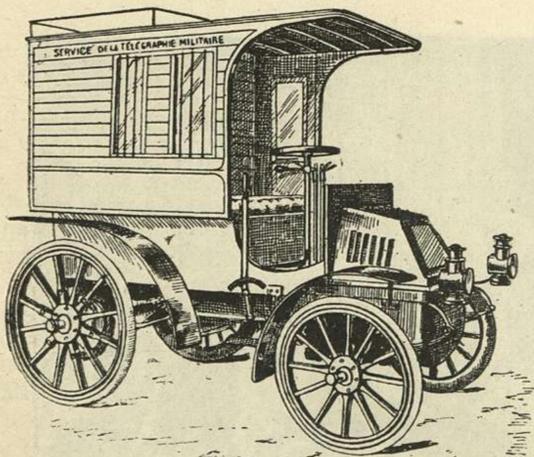


Carro de cirugía de ambulancia.

mente se ha hecho la elección de una manera casi definitiva. La clase 116 presenta al público en la Exposición, un modelo de cada uno de los vehículos adoptados. En las grandes maniobras del ejército, de este año, se ha empleado para diversos trabajos de comunicación y de transportes de personal y material, cierto número de victorias de estos diferentes modelos.

Los automóviles militares pueden clasificarse en tres rangos:

- 1o. Automóviles para el transporte de personal.
- 2o. Automóviles para el transporte del material pesado.



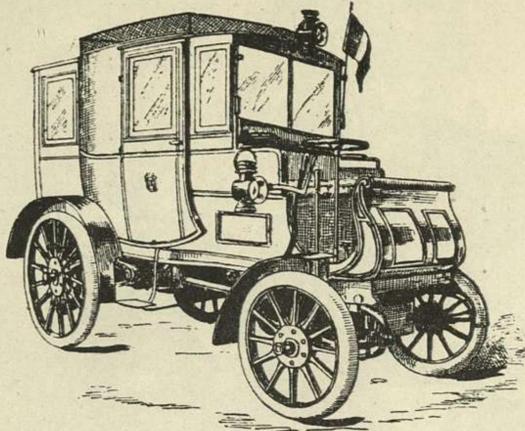
Oficina telegráfica ambulante.

3o. Motores destinados al transporte de cualquier material pesado.

Los vehículos de la primera categoría se asemejan mucho á los modelos de uso corriente, y son:

1o. Los triciclos de Dion afectos á los estados mayores para la transmisión rápida de órdenes y despachos. Este triciclo está pintado de gris, color reglamentario adoptado, como se sabe, para la nueva artillería, por ser el menos visible á grandes distancias. Un saco, suspendido en la parte delantera, está destinado á recibir los

pliegos. En los diversos estados mayores de las maniobras del ejército dirigidas por el General Brugère, se han empleado más de veinte triciclos de este modelo. Este instrumento ha prestado

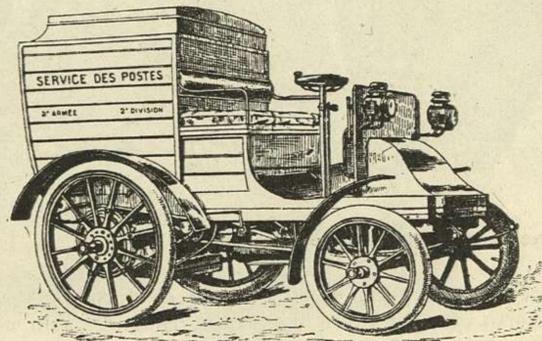


Coche del general en jefe.

ya importantes servicios desde hace cinco años.

Una victoria Decauville, de tres asientos, casi idéntica al último tipo corriente de la sociedad Decauville, está destinada á transportar rápidamente á los oficiales del Estado Mayor, cuando ha terminado su servicio á caballo sobre el terreno. En las maniobras se han empleado igualmente muchas victorias de este modelo.

La Sociedad de los antiguos establecimientos Panhardy Levassor, ha sido encargada de fabricar, hace tres años, un ómnibus de ocho asientos, de una fuerza de ocho caballos, susceptible de proporcionar una velocidad de 35 kilómetros. Cada

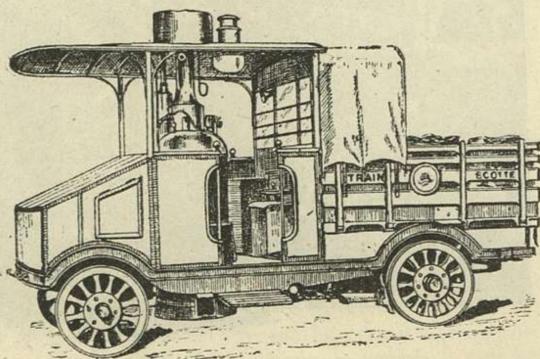


Carro postal.

uno de los dos ejércitos, en las maniobras de este año, ha sido provisto de uno de estos vehículos.

La Sociedad eléctrica de automóviles Mors, construyó en 1896 para el Estado Mayor, un automóvil de gran velocidad. Este aparato ha sido ya empleado en diversas ocasiones, principalmente en las grandes maniobras de 1898, en las que fué utilizado frecuentemente por el General Jamont. Puede marchar á razón de 60 kilómetros por hora y contiene cuatro asientos. En las maniobras de este año se han visto funcionar cinco automóviles de este modelo.

En fin, encontramos una confortable victoria de la casa Peugeot para mando general de armada ó de cuerpos de armada. Es éste un cupé de un

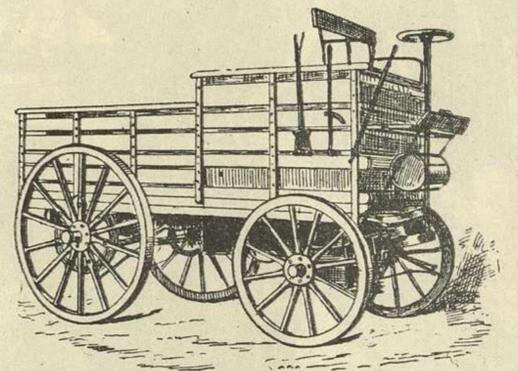


Tren "Scotte."

género especial, con un motor de doce caballos, que puede marchar á razón de 30 kilómetros. Esta victoria contiene cinco personas, además del fogonero: en el delantero están destinados dos lugares al mecánico y á un ordenanza; en el centro se encuentra el cupé del general y de su jefe de Estado Mayor, con un armario, un buró, dos lámparas, etc., etc.; en la parte posterior, una especie de ómnibus reserva dos lugares á los oficiales del estado mayor, con una pequeña mesa, una lámpara, ganchos para los sables, etc.; un conducto les permite comunicarse con el cupé del general. En fin, una galería dispuesta sobre el techo, está destinada á recibir los equipajes.

La segunda categoría, como lo hemos dicho, comprende las victorias destinadas al transporte del material especial.

Estas son: una victoria de cirugía muy perfeccionada que es un tipo enteramente nuevo, el cofre delantero está reservado al mecánico y á dos enfermeros, y en el interior está provisto de un



Furgón para materiales de telegrafía.

buen botiquín, mesa de operaciones, arsenal quirúrgico, etc. El centro del coche, pintado de gris, está provisto de un motor con fuerza de 10 caballos y puede caminar con una velocidad de seis kilómetros por hora.

El automóvil para el servicio postal puede recorrer desde 7 hasta 28 kilómetros por hora.

El furgón para útiles telegráficos está provisto de un motor de petróleo especial, que para el ejército es muy ventajoso porque no es volátil y en consecuencia no se desperdicia en las marchas largas, como las demás esencias.

Su velocidad máxima es de 28 kilómetros por hora.

La oficina telegráfica ambulante, susceptible de marchar hasta con una velocidad de 32 kilómetros, está organizada de una manera muy ingeniosa. Atrás del "pescante" que dá lugar á dos personas, hay un aparato giratorio que en el momento en que el carruaje se detiene, pone á los dos individuos citados dando frente á sus aparatos. Al mismo tiempo dos hombres que caminan en la parte posterior del coche, se ocupan en establecer la comunicación con los hilos exteriores.

Se notará desde luego que los carruajes de esta categoría, son muy interesantes por su aplicación especial.

La tercera categoría es la destinada al transporte de los materiales pesados y de mucho volumen: artillería, zapa, rancho, etc. Estos automóviles muy pesados y resistentes, tienen una velocidad moderada.

El tren "Scotte" sirve todavía para los más grandes transportes de la guerra, y muy recientemente se les cargó con cureñas y cañones de sitio que son de los más pesados.

Estos dos vehículos son movidos por vapor y no difieren sino por algunos detalles, por ejemplo, en el tren "Scotte" la parte de atrás está destinada á la provisión de carbón y contiene dos lugares para criados.

Todos estos automóviles están destinados á prestar grandes servicios en los ejércitos modernos.

ALMA FEMENINA.

En verdad era inexplicable la conducta de Federico Rivassou, para la joven y hermosa viuda de Saint-Allier. El, que era el menos guapo de sus numerosos pretendientes, había merecido,—por



una intrincada combinación de coquetería, despecho y premeditada venganza,—que la encantadora baronesa le escribiera la siguiente cartita, deliciosamente insinuante:

“Caro amigo:

“Sabe vd. que mañana es mi día y que no faltarán Darlet, Koska, el cubano García, Belmont, etc., que me aburrirán con sus falsas galanterías y pretensiones irrealizables. Venga vd. á las cinco y comeremos en confianza. Estaremos solos.

“No abandone vd. á su desolada amiga.—Berta.”

Rivassou había ciertamente recibido la perfumada misiva, pues el lacayo, que le conocía bien, se la había entregado á él mismo en su cuarto de soltero del Boulevard Haussmann; y Rivassou no vino; y Darlet, Koska, el cubano García y Belmont, se burlaron impunemente de la viudita que les había prometido presentarles esa misma noche á su futuro; que creía ser amada verdaderamente por Federico y que había recibido una prueba de marcada indiferencia tan ofensiva para su dignidad, tan dolorosa para su proyecto.

Esa noche, después de que se fué su última visita, se echó de bruces en el primer sillón que encontró y, sollozando locamente, rompió el rico encaje de su abaniquito de carey, deshojó el ramo de fuscias de su talle y ajó su espléndida toilette azul—“lavande.”

Al salir de su alcoba el día siguiente y pedir el desayuno, un criado le presentó, en la bandeja de plata, una tarjeta concebida en estos términos:

“Federico Rivassou desea tener la honra de explicar á la señora baronesa de Saint-Allier, su involuntaria inatención de ayer, y le ruega se lo conceda hoy á las cinco”

De códos sobre la mesa donde el almuerzo esperaba inútilmente, la frente entre las manos, Berta se devanaba los sesos tratando de explicarse algo que no entendía, y forjando proyectos que la vengaran de aquella inaudita indiferencia.

Huérfana y viviendo con una tía achacosa, lejos del mundo, había dado su mano al viejo barón de Saint-Allier que vivió lo justamente necesario para dejarla única heredera de su claro nombre y de su inmensa fortuna.

Durante los tres años que siguieron á los dos de luto, en Frouville, en las carreras del Gran-Prix, el “Salón,” el “Bois,” etc., Berta fué proclamada reina de la belleza y del buen gusto. Una lista interminable de diplomáticos, artistas, millonarios americanos, “rastaquéres” brasileños, había desfilado ante la espléndida mirada de sus ojos negros, deseando quemar en ellos sus alas de mariposas de salón.

Ella, con un golpe de vista superior á su edad, supo valorizarlos á todos, y, ante el arduo problema del matrimonio, sólo á uno encontró con alma enamorada de su alma: Federico Rivassou, el poeta que en sus versos la deificaba, la ponía por encima de toda alabanza mundana, la inmortalizaba hasta la diáfandad. Por eso ella,—que cansada del mundo y sus huecos placeres, hacía tiempo soñaba con una cabecita rubia y unos bracitos gordos y sonrosados asiéndose á su cuello,—se atrevió á escribir á Federico para dejarle entrever el primer rayo de un sol que debía anegarlos en ondas de luz enloquecedora.

Y aquel rayo se había perdido. Rivassou había desdeñado la cita. Quizás otra mujer... ¡ah! no sabía si en aquel momento lo amaba ó lo odiaba con toda su alma! Gruesas gotas de llanto quemaban sus mejillas y sentía en el corazón y en la garganta las garras de acero de la angustia.

Se levantó sin probar el almuerzo, fué á su tocador y al mirarse en el espejo, marchita la frescura de su tez, empañado el cristal de sus ojos que rodeaba el crespón de las ojeras, se despertó su orgullo, echó la cabeza atrás soberbiamente, sonrió de un modo extraño y empezó á borrar la huellas de su dolor con el agua fresca del lavabo de Bohemia.

Cuando el relojito cincelado de la chimenea dió las cinco, ya Berta, que veinte veces lo había consultado, regiamente envuelta en amplia bata de raso berenjena, tocaba en el gran piano de cola, la última creación de Cecilia Chaminade. Por momentos, aprovechaba un “rallentando” para consultar el reloj ó un “pianissimo” para espiar algún ruido de pasos imaginarios.

Sonó el cuarto; una desonancia rabiosa traicionó el furor de la baronesa que, roja de despecho y sintiendo saltársele las lágrimas, abandonaba el banquillo, cuando, sin anunciarse, el sobretodo abrochado y el sombrero en la mano, se presentó Rivassou.

Con la rapidez de un relámpago, Berta serenó su semblante y sonriendo forzosamente, indicó un asiento al poeta:

—Siéntese vd., mi querido amigo, parece que viene vd. agitado.

—Agitado y confundido, señora, mi falta es imperdonable.

—¿Su falta de vd.? ¿Pero cuál, caro poeta?

—Pues... la de ayer... no haber venido... —balbuceó Rivassou.

¡Ah! ¡sí! lo había olvidado; no se fije vd., una locura mía,—dijo Berta con la mayor naturalidad.

—Sin embargo, debo explicar á vd., he pecado,—¡ah! por primera y última vez!—he pecado contra vd., mi religión!....

—Vamos, cuente vd. ese pecado que tanto le aflige y verá si absuelvo.

—Va á vd. á reírse de mí....

—¡Tanto mejor! ¡hay tan pocas ocasiones de reír en el mundo!

—Pues allá va, aunque temo aparecer ridículo ante vd., es una simpleza.

Y enrojeciendo á su pesar, fijos los ojos en el suelo, después de una pausa, el poeta habló así:

—La cartita de vd. iluminó mi cuarto y perfumó mi alma; sabe vd. que soñar lo imposible es mi locura. Bajaba yo la escalera con la imaginación llena de proyectos sonrosados y luminosos ensueños, cuando oí llorar en los pisos altos de la casa. Era el llanto de un niño, pero de un niño hondamente afligido, un llanto que partía el alma y que nadie consolaba. Instintivamente me detuve y subí los escalones de cuatro en cuatro hasta las buhardillas. Estaba abierta la puerta de una y de ahí salían los lamentos. Llegué hasta el dintel; la pieza estaba casi oscura, encendí luz y ví.... —perdone vd. que le presente, á vd. tan alegre, un cuadro tan triste; á vd. tan bella, una escena tan horrible;—ví un cuarto sucio, con su techo en desván, un mal jergón en un lado y sobre él una niña de cinco años abrazada al cadáver aun tibio de una mujer cubierta de harapos y, junto, un bebé de un año medio mirando esto con sus ojos azules, inmensos y asombrados.

En dos saltos bajé hasta mi cuarto y puse al tanto de todo á mi buena vieja Nanette que me vió nacer y me cuida hoy como entonces. El médico que hice venir, sólo pudo decirme que aquella infeliz había muerto de miseria. Nanette bajó al niño que vistió no sé cómo; yo quise llevar á la niña pero fué imposible, y tendido el cadáver en una cama que hice subir, con sus cuatro cirios y algunas flores, he pasado la noche velando al mísero cadáver.

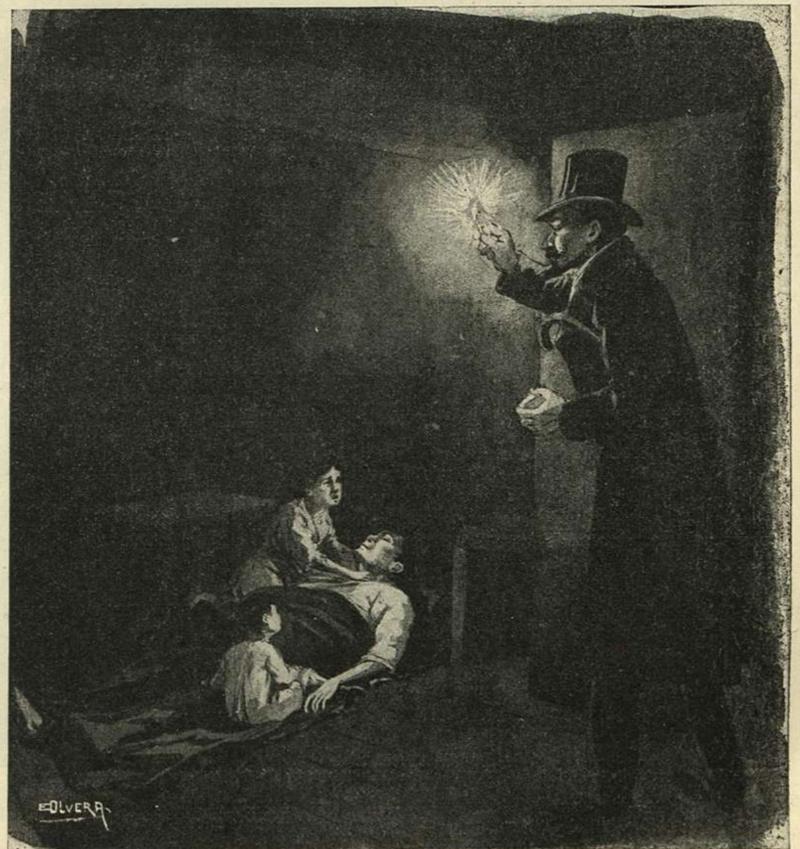
Hoy he debido arreglar el entierro y conseguir que los niños se queden en casa. Son dos cabecitas rubias que—Nanette debe tener la culpa,—hoy me han hecho llorar diciéndome “papá”....

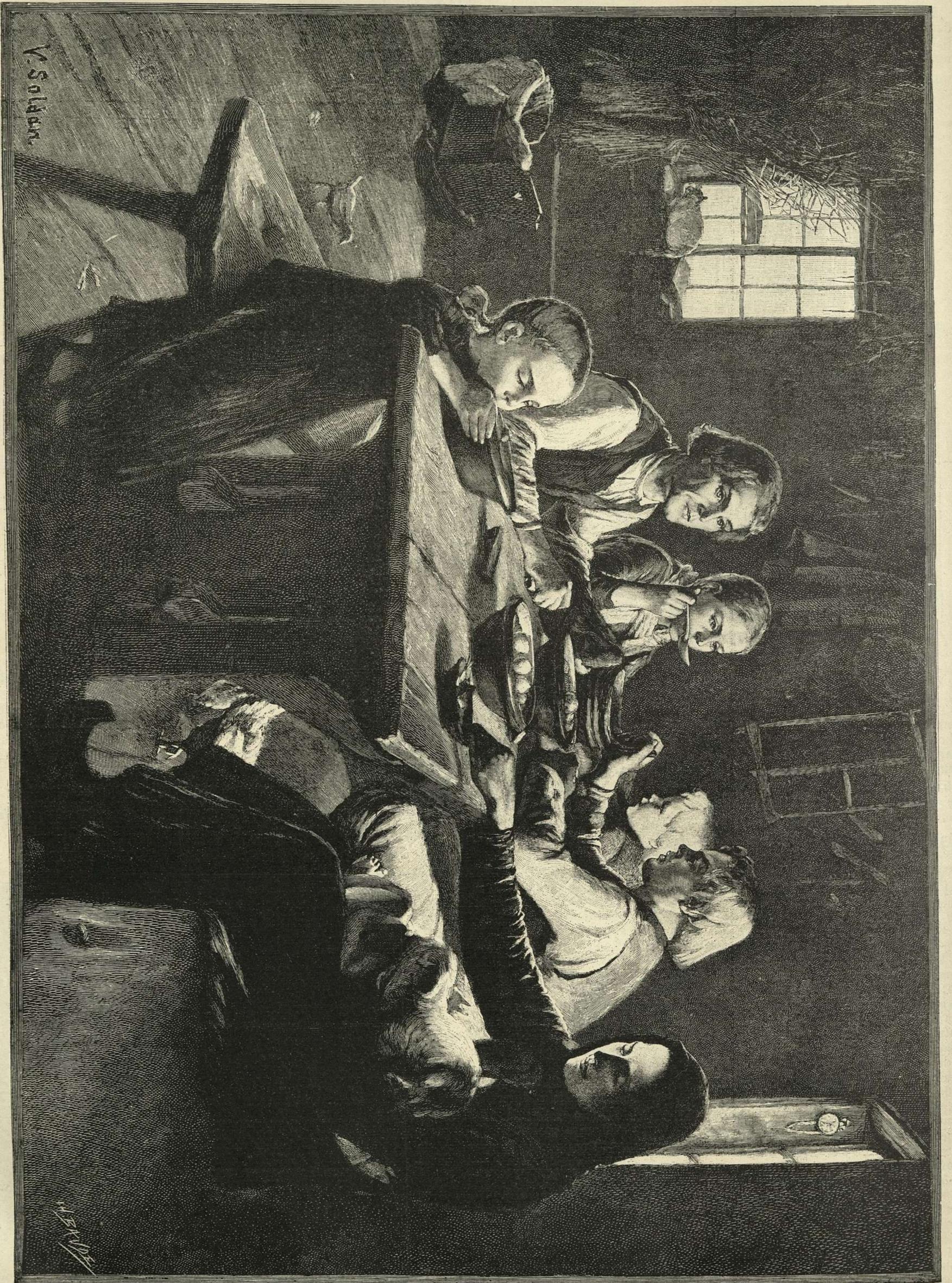
Ya veis, baronesa, que fué impensado.... que tuve la dicha en mis manos y la dejé escapar. Perdonadme: antes era yo sólo, hoy tengo dos hijos que Dios me ha dado, dos hijos que no tienen madre.....

Rivassou oyó un violento ruido de faldas y, al levantar la cabeza, sólo tuvo tiempo para abrir los brazos y recibir en ellos á Berta que, con los ojos llorosos y con celestial expresión, le decía: ¡Oh! ¡te amo!.... ¡sublime!.... ¡eres un ángel, te amo!—y tomando la cabeza del poeta entre sus manos, lo miraba como á un sér sobrenatural é idolatrado.

México, 1900.

Guillermo Eduardo Symonds.





UN ALMUERZO FRUGAL EN FINLANDIA.

Cuadro de Mme. Yenny Soldan-Brofeldt.